« ¡Una vez me detuve ante una tumba oculta en el follaje! ¡Siete anémonas lloraban sobre ella con la cabeza inclinada!»; y a la pregunta de a quién pertenece la tumba, la voz de la tierra contesta: « ¡En esta paz duerme una enamorada!» Pasaje de Sherezade en Las mil y una noches.

 DIA CUATRO

El fraile llegó apenas anocheció para ir a hablar con Guariyá-Isabel, pero no la encontró. *«Caramba, creo que se marchó; ojalá haya comprendido y regresado a su casa»*, se dijo, mientras recogía la vasija donde le había guardado el puchero de carne y frijoles. «Por lo menos comió**»**, agregó, al ver vacío el envase.

 Recordó que tres días antes, la india había llegado llorando, preguntando por su marido.

 ―Padrecito, ¿dónde está, dónde está? —le decía arrodillada.

 ―Por favor levántate y cálmate, mujer, cálmate.

 La miró con mucha humildad. Aunque era una mujer que no pasaba de los treinta años, su rostro demacrado guardaba rastros de su otrora lindura y ya no era tan esbelta y altiva como la había descrito su esposo. Ahora estaba muy delgada; andaba descalza, llevaba un sencillo vestido que le cubría el cuerpo casi hasta los pies; adornaba su cuello con un rústico pero bien elaborado collar de conchas marinas. Las lágrimas derramadas por sus ahora profundos ojos castaños demostraban el dolor que sintió al enterarse del rumor que corría entre la gente del pueblo de que el único hombre que había amado en su vida ya estaba muerto.

El religioso, con palabras que reflejaban tristeza, por la intimidad que pudo mantener, por lo menos en los últimos días con Alonso, le respondió.

―Murió en sentida paz y lo enterramos a la entrada del monasterio, tal y como él lo había pedido, porque estaba arrepentido de los errores que cometió en vida. Verás, deseaba que todo el que entrara y saliera de aquí pisara su tumba, como un gesto para su expiación...

De repente la mujer, sin ninguna consideración al lugar donde y con quién estaba, como azuzada por un recuerdo que guardaba en lo más profundo de su mente, empezó a gritar y a gemir, interrumpiéndole.

 ―¡Será de sus crímenes y el de habernos abandonado a mí y a sus hijos por tanto tiempo, cuando nos hizo vivir prácticamente de la caridad de los vecinos!

 El franciscano, muy sorprendido por la reacción de la mujer, la zarandeó, y le gritaba que se calmara.

 ―¡No tienes que recriminarlo, hija, ya descansa en la paz del Señor! —le dijo pasándole las manos por los hombros.

 La india calló, como pensando en las próximas palabras que pronunciaría para mitigar las que había pronunciado con enojo.

 ―Verdad que no, perdóname padrecito, pero aún creo que estaba trastornado, loco, cuando decidió dejarnos. A nadie le dijo, a pesar de que seguía enfermo de la herida mal curada, del flechazo envenenado—dijo y abrazó al fraile.

 ―No, no es cierto, él estaba muy cuerdo, y murió pendiente de sus hijos, de usted, recordando que varias veces le salvaste la vida, por cierto, en eso de lo de la flecha… —Y le pasaba las manos por el cabello, como gesto de consolación, mientras la india le respondía.

 ―Sí, porque era muy loco y terco, creía que estaba predestinado por la Providencia para grandes hazañas, que era inmortal, ¿a quién se le ocurre lanzarse al mar encadenado…?

 Y empezó a recordar, hablando animosamente, separándose para con gestos de sus manos explicar lo que había presenciado.

 ―Sí, fue cuando regresábamos de España y fue acusado por Juan de Vergara y García Ocampo de esconder cientos de perlas que les habían quitado a los indios de Margarita, a los que obligaron por orden suya a permanecer bajo el agua por mucho más tiempo del que normalmente se empleaba para llegar a los ostrales. Y esto era desde muy temprano en la mañana hasta que se ponía el sol. La mayoría moría en la noche, amarrados a los cepos que les colocaban.

 Le pregunté por qué tenía que matarlos si estaban sacando las perlas. «Son flojos. Y no son inteligentes como los de tu raza», me respondía.

 Y siguió contando.

 ―Pero a lo de las perlas se sumó el oro que quitaron a muchos pobladores de la costa, por lo que lo acusaban de no repartirlo. Yo había llegado hacía poco y me quedé en mi aldea unos días. Le llevé a mi gente vestidos y bujerías que traía de España, candelas de sebo y cera, lumbres de aceite, y les enseñé a hacer la luz y aprendieron a alumbrarse. Les dejamos unos asnos y cabras, y frutos como naranjos y limones. Mi gente estaba feliz y todos tenían que ver con Alonsito, que era atractivo como su padre, vestido como un español. Alonso siguió navegando hacia el poniente, y cuando regresaron y nos embarcaron, hubo la rebelión, y a mi marido lo engrillaron con cadenas y unas pesadas bolas de hierro en los pies. Cuando estábamos cerca de aquí, de La Española, no sé qué pensaba, pero tomó los grillos en sus manos y se lanzó del barco al mar, y se hundió. Yo lo vi, empecé a gritar para avisar lo que estaba ocurriendo, me lancé también al agua seguida por varios marinos, y pudimos rescatarlo enredado en unos manglares. Estaba loco, ¿no cree usted, padrecito? —Guariyá-Isabel dejó correr unas lágrimas, y enseguida las secó con sus manos.

 ―No, no, hija, estaba en sus cabales. Y como dice la conseja: «nada humano le era ajeno». Por eso su arrepentimiento y ese extraño pedimento de enterrarse en este monasterio, tanto en vida como en la muerte. Verás, creía que sus errores en la vida terrenal lo condenarían por siempre, que no sería recordado por las cosas buenas que hizo al ser parte de la historia del mundo como descubridor de nuevas tierras. Pero su gesto fue muy sincero, todo lo contrario a lo que se ha corrido desde siglos de que para asegurar la salvación había que ordenar infinitas misas y rezos a cada hora.

 ―Padre, ¿me puedo quedar un tiempito más acá? —preguntó ella.

 ―Sí, pero luego te marchas, tus hijos deben estar necesitándote.

 ―Ellos están grandes, y Alonsito los atiende.